

FRANCISCO JOSÉ MOLINA MENCHÓN

OFICINA 5501.0 ALMERÍA 20

TÍTULO: MAÑANA EMPIEZA TODO.

Estar sentado en esta incómoda silla de hospital hace que el tiempo se ralentice. Me llamo Amós. Sí, ya sé que es un nombre horrible. Pero lo hemos llevado con toda la dignidad posible mi abuelo, mi tío y yo. Amós en hebreo significa “Carga”, algo que probablemente desconocían mis bisabuelos cuando eligieron ese nombre para mi abuelo. Pero estuvieron acertadísimos. Porque algunos hombres de esta familia cargaron con secretos y mentiras toda la vida. Otros, cargamos con la culpa.

Se puede decir que nunca me he realizado como persona. Es complicado para alguien que tiene el lado izquierdo de su rostro completamente inútil. Ha sido así desde que me alcanza la razón. Sólo me funciona el ojo y el oído de mi lado derecho. Pero eso no es ninguna excusa. Una limitación no impide que puedas ser un genio. Pero no es mi caso. Soy mediocre. Nunca seré nada en esta vida y encima tengo que dar gracias por contar con este trabajo de vendedor de cupones con el que hemos sobrevivido mi abuelo, mi madre y yo los últimos años. Todos vivíamos juntos. Pero hoy se acaba todo.

Mi padre nos dejó cuando yo era un bebé. Se marchó y nunca más volvió. Y según mi abuelo, él fue el responsable de mi minusvalía. Al parecer, sacaba la mano a pasear bastante a menudo y nos zurraba indiscriminadamente a mi madre y a mí, a pesar de mi cortísima edad. Yo no recuerdo nada. Y no sé si será por eso que tengo la sensación de que todo es mentira. O será que nunca me gustó mi abuelo. Es un tirano, además de borracho, machista, racista, homófobo y gritón. En realidad, no me gusta ni mi abuelo Amós, ni mi tío Amós, el único hermano de mi madre. Aunque a decir verdad, ya da igual. Porque mi abuelo se muere y mi tío hace años que emigró a Sudamérica por culpa de uno de sus “negocios” y tampoco hemos sabido nada.

Llevo semanas en el hospital cuidando de una persona que nunca ha sentido la más mínima empatía por nadie, que siempre se ha dirigido a mí como “inútil” o “anormal”, cuando no me ha llamado “maricón” y toda una retahíla de sinónimos de esa palabra, ridiculizándome delante de quien fuera.

Lo que realmente se merece es que lo asfixie con una de estas almohadas. Pero es tarde. Eso debí haberlo hecho diez años atrás, a la hora de su siesta. Ahora no lo voy a hacer. Sería más rápido que la agonía que está sufriendo.

Si estoy aquí es por mi madre. Ella me obliga. Porque el abuelo echa de menos a su hijo, que por supuesto ni va a venir, ni tenemos manera de localizarlo, y como, físicamente, soy idéntico a mi tío, cree que soy él y parece que le reconforta estar con su hijo. Aunque esta mañana ha ocurrido algo. Eso que me dice que hoy se acaba todo.

Mi abuelo ha agarrado fuertemente mi brazo y me ha espetado: “¡Deja al tullido en paz! Sé lo que has estado haciendo con la zorra de su madre todo este tiempo. Pero a él no lo vuelvas a tocar. ¡Degenerado!”. Es curioso como la memoria puede ser como un volcán apagado que se enciende de pronto. Un montón de imágenes y sensaciones vinieron a mi mente, acompañadas de un gélido escalofrío que comenzaba en mi espalda y se apoderaba de mis sentidos sanos hasta hacerme estremecer. Demasiados recuerdos que se superponían unos sobre otros y se agolpaban. Mi cerebro nunca había tenido tantísima actividad en cuestión de segundos. Estaba exhausto y a punto de tener un ataque de ansiedad. Pero tampoco podía permitírmelo

porque aquel viejo seguía hablando: “No pienso volver a mancharme las manos de sangre por ti otra vez”. Me dijo. Y lo primero que se me ocurrió ante semejante afirmación fue contestarle -¡Maldito hijo de puta! ¿Cuándo has hecho tu nada por nadie?-

Aquel cabrón reaccionó fatal, solo había que ver esa mirada inyectada en sangre que tanto temía en mi adolescencia, mientras pronunciaba frases tan terroríficas como: “¡Tuve que limpiar tu mierda! y no fue fácil sacar el cadáver de casa y enterrarlo en cal viva. Sin que nadie viese nada. De no ser por mí, te habrías podrido en la cárcel, que es lo que te mereces”.

No estaba preparado para esto. Pero no era tan tonto como para no saber la identidad de esa persona a la que había matado mi tío y de la que hablaba mi abuelo. Era mi padre. El eterno maltratador al que todos señalaban con el dedo, cuya historia nunca creí porque me costaba imaginar que él fuera peor que mi tío o mi abuelo.

Mi madre tenía todas las respuestas que había estado callando toda la vida y yo en estos momentos solo sentía desprecio por ella. Por su servilismo con los dos Amós y sobre todo, por su silencio ante lo que mi tío hizo conmigo.

Ahora entendía muchas cosas sobre mí. Por fin podía saber por qué había carecido de autoestima. Por qué nunca tuve una novia o un amigo. La realidad es que siempre tuve pavor a las relaciones personales y fobia a la intimidad. Pero no era el momento de actuar como una víctima, ni quería recrearme en mi desgracia. Sabía que tendría que hacer terapia y que no iba a ser un proceso corto. Pero me decía a mi mismo: “ya está. Vamos al fondo de la verdad. Me he pasado la vida mirándome el ombligo y no es el momento de perder ni un segundo más en eso”. Ese era mi mantra. Ese, y repetir una y otra vez que hoy acababa todo.

Estar con mi madre en casa cada noche hacía tiempo que se había convertido en una experiencia insoportable. Existía un silencio insano. Si había algo que decir nos lo decíamos con la mirada mientras cenábamos. Luego veíamos juntos un poco de telebasura, también callados y así transcurrían los días, las semanas y los meses. Esa noche fue diferente. Rompí el silencio para decirle que lo sabía todo. Que mi abuelo había hablado. Naturalmente, era un farol. No sabía nada. Sólo tenía la historia a medio construir y estaba buscando respuestas.

Al contrario de lo que esperaba, mi madre me miró, llenó una cafetera de café y agua y la puso al fuego. Luego se sentó. La noche iba a ser larga. Estaba serena, demasiado tranquila y se notaba que sabía que me debía esa conversación, que ya no podía retrasar más. Me dejó que yo llevase las riendas eligiendo el orden de los temas a tratar. Empezaríamos hablando de mi padre, porque me resultaba más fácil que hablar de lo que ocurría cuando mi tío se metía en mi cama con tan solo cinco años. Y mi madre me reveló el primer gran secreto a voces de esta familia. El hombre del que había heredado sus apellidos, no era mi padre biológico. Y mi parecido físico con mi tío Amós, nunca fue una casualidad justificada solo por ser mi tío. También era mi padre. Yo me enfurecí al enterarme. ¿Cómo pudo suceder? ¿Y por qué me marcaron con el nombre de Amós?

-Me lié con tu tío desde muy jovencita, descubrimos el sexo juntos. Al principio fue nuestro secreto. Tu abuela murió y nunca se enteró. Pero tu abuelo sí. Un día nos sorprendió porque a medida que pasaba el tiempo, éramos menos discretos. Pero tampoco te creas que tu abuelo hizo algo para remediarlo. Me mandó a casa de la tía Rosario un tiempo. Pero daba igual. Me escapaba y me veía con tu tío a escondidas. Así que me quedé embarazada. No te ofendas. Pero lo más fácil hubiera sido abortar. Pero tu abuelo me enredó para que no lo hiciera y engatusó a uno de los ricachones del pueblo para meterlo en mi cama, y cargarle el muerto. Así que me casaron con él, a pesar de que me doblaba la edad- relataba mientras bebía una segunda taza de café. Al escucharla, descubrí que había sido tan desgraciada como yo y sentí compasión por ella, aunque no tardaría en romperme mis esquemas de nuevo cuando me dijo “que su marido nunca fue un maltratador, ni le puso una mano encima a ella, ni a mí”. Entonces... ¿Quién me dejó casi sordo y ciego?

-Fue tu Tío Amós, tu verdadero padre. Había cambiado mucho. Yo ya no estaba enamorada de él y creo que mi conciencia empezó a funcionar de pronto. Por primera vez me juzgaba a mi misma por haber estado acostándome con mi hermano. ¡Y mira que lo hice durante años! Pero no lo había racionalizado hasta ese momento y me parecía algo horrible. Luego estaba mi marido, que era muy bueno conmigo y poco a poco había conseguido que lo quisiera. Así que estaba dispuesta a cortar con tu tío. Pero él nunca lo permitió y entonces me hizo pasar un infierno- Una lágrima recorría su rostro mientras se producía un silencio que por primera vez no resultaba incómodo. Pero sí necesario. –Tenía una llave de casa y venía a violarme, aprovechando la ausencia de mi marido. Nunca olvidaré el día que ocurrió todo. Tú tenías dos añitos y te despertaste de la siesta llorando, mientras tu tío estaba encima de mí. Yo quería ir en tu auxilio, porque tu llanto insistente era realmente insoportable. Él lo vio en mis ojos. Vio que quería a mi niño más que a él y más que a mi vida. Y no lo dudó. Se abalanzó hacia tu cuna y te sacó de un brazo mientras tú no parabas de llorar. Luego, te propinó un revés que hizo que te golpeases la cabeza contra la pared. Y lo siguiente fue verte en el suelo, inconsciente, sobre un charco de sangre. En ese preciso momento llegó mi marido, que sólo necesitó un golpe de vista para saber todo lo que había estado pasando. Lástima que tu tío fuese más rápido que él porque no le dio tiempo a reaccionar-

A partir de aquí, la interrumpí para darle un descanso y le dije lo que yo sabía, que el abuelo entró en juego y se deshizo del cuerpo y las pruebas. Ella me lo confirmó y añadió que en el hospital hicieron muchas preguntas sobre lo mío y había que justificar la desaparición de su marido. Así que la versión oficial venía a decir que mi padre me había maltratado y que mi madre lo había echado de casa. Nunca le pregunté por qué no contó la verdad a la policía. Imagino que estaba muerta de miedo con esos dos energúmenos con los que volvíamos a convivir a partir de entonces.

Quedaba la peor parte de la conversación, no sabía si me apetecía hablar sobre el tema. Ni cómo abordarlo, pero solo faltaba hablar de ello para que terminase todo.

-Mamá... Si tanto me querías... ¿Por qué permitiste que el tío me hiciese lo mismo que a ti?- Le solté a bocajarro.

-Sé que voy a ser una madre horrible por lo que te voy a decir. Pero por aquella época siempre pensé que lo vuestro fue una relación consentida- En ese momento sí que se produjo el más incómodo de los silencios de mi vida con mi madre. -¡Ocurrió entre los cuatro y los seis años! ¡No era una relación! ¡Y mucho menos consentida!- Le grité. Y me respondió que había veces que yo mismo iba a buscar a mi tío y que eso le hizo pensar que era una relación consentida. No quiero justificar en ningún momento que llegase a pensar una barbaridad como esa. Pero después de todo, su relación con él comenzó siendo consentida. Es probable que se viera reflejada en ese niño. Hasta me confesó que llegó a sentir celos de mí. Aunque por aquel entonces, mi tío ya no la tocaba.

Por fin había acabado todo ¿O no?

No.

Faltaban dos últimas confesiones. La primera, que nunca más volveríamos a ver a mi tío y que no se había marchado a Sudamérica. Sin más detalles. Y la segunda, que cuando alcancé los quince años de edad, mi madre llegó a desearme sexualmente. Pero según palabras textuales: "no llegué a meterme en tu cama porque yo no soy ningún animal". Una vez que mi abuelo falleció. Me dí cuenta que no quería a mi madre cerca, era bastante tóxica. La segunda y última generación de una estirpe de violadores, asesinos y encubridores con los que yo había terminado para siempre.

Ahora sí que había acabado.

Lo positivo de tener una vida de mierda y no tener amigos, es que ahorraba más dinero del que gastaba y me podía permitir poner tierra de por medio y comenzar una nueva vida.

Mañana empieza todo. Y eso es lo que realmente me importa.